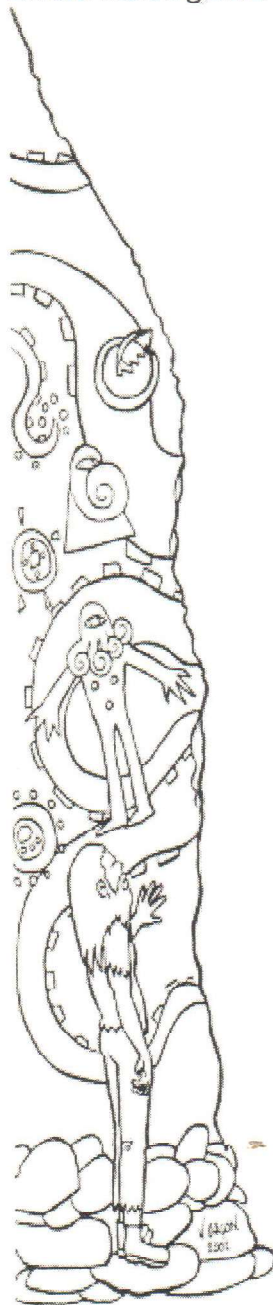
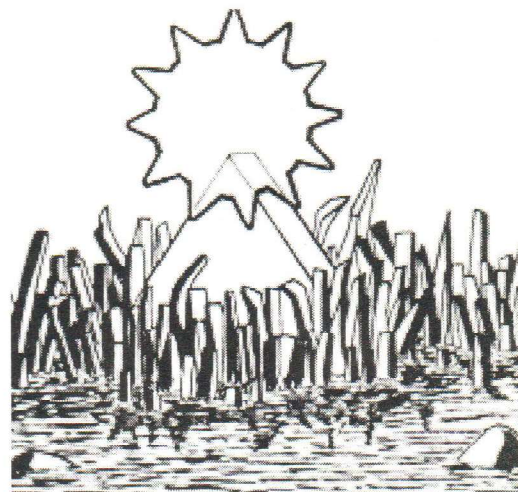


Nebulosa ciudad áurea

Erick Rodríguez Carrillo*



*Egresado de la ESIA Tecamachalco.



Ilustraciones: Víctor Dagón.

Aún no sé si fue una pesadilla, un viaje etéreo o simplemente un pensamiento llevado al profundo sueño. En algún momento creí, sería un recuerdo cimentado de alguna vida pasada que ahora me atormenta, que por las noches me despierta y durante la vigilia alucino los hechos que a continuación relato:

Desperté repentinamente dentro de una oscura y húmeda cueva, un ligero olor a podredumbre nauseabunda se esparció por todo el interior, apenas se filtraba una tenue luz, resultado de cualquier reflejo esparcido. Cuatro estalactitas soportaban la monstruosa grandeza de mi lecho, de las paredes escurría una salinidad mineral que le daba un ambiente inmaterial al recinto; una base de roca sólida con follaje enmohecido y caduco, permitió mi sueño.

Mis músculos adoloridos, sin reflejos aparentes por el largo descanso, mi cuerpo desnudo, guardado por la tibieza del medio. Guano aún tibio se esparcía por todo el lugar; aún sin pensar, sin saber quién era, estiré los brazos, giré el cuello y enderecé la espalda. Un extraño reflejo me llevó a buscar entre el follaje, un paquete que torpemente maniobré hasta ajustarme un par de prendas y calzarme unas botas ligeras pero algo rudas en aspecto.

Hasta ese momento no hacía consciente un goteo constante que sin definir de dónde provenía, no le di mayor importancia. Recorrí con detenimiento mi alrededor, buscaba una salida o algo que me indicara cómo había llegado hasta ese lugar de locura; en un recóndito extremo de la cueva, una tenue luminiscencia verdosa pintaba las paredes y haciéndose más intensa hacia el centro, "cual si fuera un reflejo de un podrido pantano provocado por una luz penetrante".

Una sutil melodía cacofónica se dejó escuchar repentinamente hacia el mismo lugar de donde provenía la luz. Mi cuerpo vibraba con cada nota, una

voz tan escalofriante como el grito de un alma al dejar el cuerpo taladraba mi cerebro, consumía mis neuronas; sin resistir más, a grandes pasos llegué hasta el lugar. Rocas amontonadas acusaban un derrumbe, movimiento telúrico del sepulcral sitio; alrededor de la grieta se encontraban grabados primigenios de una civilización que no logré descifrar, tan sólo concluí en dos símbolos que representaban a un ser grandioso, mitad molusco, mitad hombre, o al menos eso parecía. Distraídamente traspasé la grieta, una escarpada pendiente resguardaba lo que nunca creí ver: una ciudad con geometría indescrutable, fuera de todo rasgo ortogonal, prismas con mil aristas, plataformas imposibles, volúmenes ingravidos, estrechos y muy altos cuerpos diamantados formaban grupos; una espesa neblina nebular cubría los cuerpos más pequeños, un prisma perfecto y al mismo tiempo extraño por el sitio in-orto,¹ sobre el que se levantaba en color verde intenso con caracteres dibujados en sus paños. Repentinamente un estruendo, la imagen que no podré olvidar mientras viva, inimaginablemente terrorífica, una... Una niña con un tocado atravesando su cráneo y sus ojos sin vida...

Giré y salí no sé siquiera cómo. Lo último que recuerdo: una explosión, un trueno y luego silencio... Desperté encerrado en este calabozo, con una camisa de fuerza, blasfemando, gritando, rogando: sólo espero el momento de acabar con mi pesadilla y eso sería dejando de soñar... ☹

Nota:

¹in-orto: fuera de toda ortogonalidad.